

MISSIO DEI

PUBLICACIÓN DE LA ESCUELA CUBANA DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS EVANGÉLICOS



7 - año 1

29 de marzo de 2026

La identidad sacerdotal: el motor del discipulado funcional

POR: ALAIN CUELLAR MUÑOZ

La pasividad en las congregaciones contemporáneas no es un fenómeno accidental ni una carencia de dones espirituales. Representa una consecuencia directa de un modelo educativo incompleto que prioriza la acumulación de información sobre la formación de una identidad sacerdotal. Especialmente en contextos de transición hacia modelos descentralizados, como las iglesias en casas, la inactividad del laicado se vuelve un obstáculo crítico para la vitalidad eclesial. La tesis de este artículo es que el ejercicio de los dones espirituales es una responsabilidad inherente a la vida cristiana y que este debe activarse mediante un discipulado intencionado. No es un simple ajuste en la organización, sino una reforma educativa que vincule la nueva naturaleza del creyente con su función sacerdotal inmediata. Teólogos como Stott (1975), Carson (1987), Fee (1994), Erickson (2008, 2013) y Grudem (2020), coinciden en que los dones espirituales no son trofeos de madurez, sino herramientas de gracia concedidas en el momento de conversión. Según 1 Corintios 12 y Romanos 12, la salud del cuerpo de Cristo depende de la función de cada miembro. En este sentido, la gracia salvífica y la gracia funcional son inseparables: quien ha sido redimido, simultáneamente, ha sido dotado para el servicio. Por lo tanto, si el discipulado inicial se limita a la transferencia de datos dogmáticos y posterga el servicio para una etapa posterior de «perfección», se comete un error pedagógico: se mutila la identidad del discípulo desde su nacimiento. El servicio no es una meta a alcanzar mediante el esfuerzo humano solamente, sino el ejercicio natural de la vida divina recibida. Un programa que ignore esto, produce consumidores de religión que no comprenden su valor como sacerdotes ni su responsabilidad ante el cuerpo. La mecánica de la pasividad surge de la lógica del modelo tradicional del templo. En el ámbito eclesial, la falta de participación no es intrínseca al creyente, sino el resultado de un sistema que condiciona la falta de acción. El «modelo templo», centrado en el clérigo profesional y la liturgia de espectáculo, enseña implícitamente que lo sagrado es monopolio de una élite. En Cuba, esta inercia se agudiza ante la ausencia de un

acompañamiento práctico que vincule el carisma con la supervivencia y dinámica de las iglesias en casas, donde la estructura depende de la operatividad de todos. Bajo esta dinámica, el nuevo creyente asume el rol de «espectador profesional». Si el currículo no incluye el descubrimiento y uso de los dones, el discípulo concluye que su presencia es valiosa solo en la medida en que asiste y aporta recursos, pero no en su capacidad de ministrar la gracia. Para revertir esto, el discipulado debe transitar de lo cognitivo a la capacitación operativa (καταρτισμὸν). Stott (2007) enfatiza que el papel de los líderes es «equipar a los santos para la obra del ministerio». La instrucción sobre la reciprocidad —el principio de servirse «unos a otros» (ἀλλήλους)— es el motor que permite al creyente funcionar de manera autónoma fuera de las paredes del templo. Es fundamental precisar que no cualquier actividad produce madurez espiritual. De hecho, el activismo sin fundamento teológico puede ser tan dañino como la pasividad, derivando en fatiga ministerial o en el desarrollo de un ego religioso. La evidencia en el campo ministerial sugiere que las tareas asignadas por mera necesidad logística sin una conexión con la misión de Dios, rara vez contribuyen a la santificación del nuevo creyente. Sin embargo, cuando el proceso discipular guía al converso a conectar su labor con un propósito trascendente y con la edificación del prójimo, el crecimiento espiritual se acelera. El servicio con propósito es el laboratorio de la madurez espiritual. En el contexto específico de la iglesia local, este principio es vital. Un creyente que asume la hospitalidad en una iglesia en casa, no debe verlo como una tarea doméstica común. A través de un discipulado enriquecido, el individuo comprende que está ejerciendo una función sacerdotal de acogida divina, administrando la *koinonía* del Espíritu. Volf (2001) argumenta que el trabajo realizado bajo el impulso del Espíritu es una extensión de la Missio Dei. Esta asignación con significado bíblico conduce al discípulo a depender de la oración y a cultivar el carácter de Cristo frente a la crítica. Es en este ejercicio práctico, supervisado y con intención teológica, donde se forja el carácter. La



Proyección evangélica interdenominacional: una ventaja esencial

POR: LISSETTE HERNÁNDEZ MARTÍNEZ

En el ámbito de la educación teológica cubana son mayoría las instituciones denominacionales históricas. Aunque algunas admiten entre sus estudiantes a quienes profesan otra declaración de fe, en sus aulas solo se enseña la doctrina propia de la denominación que les ampara. En este contexto, la ECETE, con su proyección evangélica interdenominacional, es probablemente la única institución teológica que, aun siendo conservadora con la fe histórica, abre su espectro confesional a toda la amplia gama de doctrinas y prácticas eclesiales evangélicas.

Luego de más de quince años en la formación interdenominacional, es posible confesar el desafío asumido y declarar la enorme ganancia obtenida de esta apertura. Entre sus múltiples ventajas se puede señalar el enriquecimiento del aprendizaje frente a la diversidad de perspectivas teológicas, que permite explorar una variedad de interpretaciones bíblicas y de tradiciones eclesiales. Esto no solo ha ampliado la comprensión del cristianismo, sino que ha formado un pensamiento crítico y una mayor empatía. Bajo este paradigma educativo se abordan temas controversiales con mayor libertad intelectual y honestidad académica, al tiempo que se ha desarrollado capacidad para el diálogo y el discernimiento.

Sin embargo, las ventajas no quedan restringidas al área de la formación de la academia. La experiencia espiritual y ministerial también ha sido exponencialmente multiplicada. La unidad del cuerpo de Cristo ha dejado de ser un concepto teológico para convertirse en una vivencia cotidiana, en un testimonio de amor incondicional. La construcción de puentes interdenominacionales ha tenido un impacto significativo en la misión de la iglesia, y esto permite aunar los esfuerzos para el alcance evangelístico y la acción social. Así se están preparando líderes y ministros para una iglesia mayor: universal, colaborativa y contextualmente relevante.

De esta forma, la proyección interdenominacional no solo ha sido ventajosa, sino esencial para ofrecer una visión amplia e inclusiva del Evangelio, para responder a los desafíos del mundo contemporáneo y formar ministros comprometidos con la unidad, el diálogo y la misión.

ALAIN CUELLAR MUÑOZ

madurez, por tanto, no es el requisito para servir, sino el resultado de servir con entendimiento bíblico. La importancia de este enriquecimiento curricular se magnifica al transitar a modelos de iglesias en hogares. Muchos intentos de descentralización fracasan porque la iglesia simplemente «muda el clericalismo de lugar», llevando la misma pasividad del templo a la sala de una casa. Sin una base educativa que valide el aporte de cada miembro mediante sus dones espirituales, la iglesia en casa se convierte en una sucursal pequeña del templo central, donde el líder de grupo termina agotado al intentar suplir todas las funciones. Si el discipulado logra que el creyente identifique su gracia funcional, la casa deja de ser un lugar de reunión para ser un centro de misión activa. El enriquecimiento curricular proporciona el sustento para que el traspaso de autoridad funcional no derive en anarquía, sino en un ministerio distribuido. El éxito de la iglesia local no se medirá por su capacidad de congregar multitudes, sino por movilizar discípulos capacitados para encarnar el Reino en su entorno cotidiano.

En conclusión, el enriquecimiento del discipulado con el ejercicio de los dones no es una opción pedagógica o andragógica, sino un imperativo de fidelidad bíblica. Si se acepta la premisa de que cada creyente es un sacerdote y que cada don es una herramienta para la misión de Dios, es totalmente contraproducente permitir un modelo educativo que ignore o postergue estas realidades. La transición hacia estructuras más orgánicas exige que el nuevo creyente sea empoderado desde sus primeros pasos en la fe. Se debe rediseñar el currículo de formación para que identificar y activar los dones sea el eje central; así como un camino viable para transformar una membresía pasiva en un cuerpo vivo, resiliente y ministerialmente autónomo, capaz de responder a los desafíos de su contexto con la gracia multiforme de Dios.

missiodei@iei.co.cu

Suscríbete si deseas recibir nuestro boletín periódicamente:

